

San Francisco Gil de Fedrich Primer tortosino canonizado



CRONISTAS DEL HECHO
JOSÉ MIGUEL, cronista
DIEGO TROY
A. CRISTÓBAL, 1974, 1975
CARLOS RODRÍGUEZ
ELEONOR RODRÍGUEZ, 1977
E. LIZO E. LIZO
TROYA, 1978
TROYA, 1979
E. LIZO, 1979

INICIACIÓN DE SAN FRANCISCO GIL DE FEDRICH, EN LA CATEDRAL DE TORTOSA

El que en el programa de las fiestas de N. S. de la Cita de este año de 1988, se recuerda la canonización del tortosino Francisco Gil de Fedrich, ha de ser motivo de doble júbilo, por tanto y por razones.

El noble apellido de los Gil de Fedrich ya figura en los anales de la historia de Tortosa, por lo menos, desde el siglo XVII porque su nombre campea en gran número en defensa de la religión de la patria. Pero el honor más grande de esta familia está siempre unido al de Francisco Gil de Fedrich y San, misionero en el Ton-kin, martirizado en aras de la fe en 1745 y proclamado Santo en 1988.

Nació Francisco en Tortosa, el año 1702, en la casa solariega de la calle Ancha, que hoy lleva el nombre de Gil de Fedrich. La casa, pues, de nuestro Santo, está en Tortosa, en su cuna, en su ambiente.

El P. Llorenç Calvo, uno de sus biógrafos, afirma dominico, que ha estudiado a fondo cuanto ha podido encontrar sobre Fray Francisco Gil de Fedrich, confiesa que entre sus hijos más apegados a la Tortosa que llamamos maternal-antemural, su familia de auténtica alcurnia y la influencia de los PP. Dominicos de sus instituciones Tortosinas.

Gil de Fedrich, como todos los personas, tuvo las influencias del medio ambiente, las de su familia y la de las personas que debía tratar de su padre, Antonio Gil de Fedrich, aprendió el sentido del honor, de servicio, y un respeto inmenso para sus superiores y al mismo tiempo, el de una aflicción cuando estaba en el estado religioso y tomó el hábito de dominico a los quince años de edad en el convento de la Orden de Barcelona.

Por su constancia en el estudio de la teología y una ciencia y la observancia escrupulosa de la regla monástica, pronto se volvió en el un talento poco común, llegando a alcanzar puestos de responsabilidad dentro de la Orden Dominica. Incluso fue nombrado miembro de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona.

En el discurso de ingreso en la ciudad Real Academia, que aun lo conservan, ya se vislumbra al hombre precioso y pensador. De una manera sencilla y con un estilo muy personal presenta a Cristo trabajador y se sitúa en una auténtica teología del trabajo, cuando entonces, si se podía pensar en ella. Sale al encuentro de la diques sobre si la vida contemplativa tenía que excluir el trabajo por aquella de dedicarse sólo a la oración. Gil de Fedrich se encuentra en una corriente de mucha trascendencia entonces, que consistía en defender el trabajo como una ley humana además de divina.

El quería ser misionero. Su vocación y su actividad apostólica eran de tal calidad humana y con un entablado fundamento cristiano que sus superiores le concedieron permiso para ir a misioneros y se embarcó para Filipinas el año 1730.

No se explica que se le llamara a la orden de la tierra de misión, un hombre que tenía su premio de honor en la Orden, que era considerado y distinguido. No tiene otra explicación más que el querer seguir la llamada de Dios. Cuando llegó al momento lo dejó todo. El primer en aquel tiempo tuvo que navegar muchos meses a solas y solo los que como Gil de Fedrich comprendían que el que en su camino, se venía a embarcar en la Provincia, aun antes de la salida del muelle no le preocupó lo más mínimo. Cruzó el Atlántico, las tierras de Méjico y el conde Pacifico hasta llegar a Manila.

Al principio fue destinado a la provincia de Pangasinan donde estuvo dos años. Después pasó a las misiones de Ton-kin donde llegó en agosto de 1735. Aprendió su idioma y sus costumbres para ir mejor a su fe.

Sobre Gil de Fedrich, se dice que el día 3 de agosto de 1737, fue asesinado su casa por un grupo de infantes de Lac-Thay, y hecho prisionero.

A pesar de estar en los brazos de su patria y de su familia, Gil de Fedrich no dejó nunca de sentirse tortosino. No fue un desarraigado; fue un transigrado. No fue a europeizar ni a latinizar, fue a cristianizar. Fue a hacer unidos de la misión sin dejar de ser lo que era y sin renunciar a nada.

Todo lo que había asimilado y recibido en Tortosa y en Barcelona lo llevó a la tierra de misión con toda la fuerza de capacidad de cultura y lo respondió a los nativos del Vietnam.

Allí aprendió el chino y el vietnamita. En su palabra, se vio venenoso entre los vietnamitas. Y según el P. Calvo, dice que fue un auténtico león en su misión de aquel país.

Se comportaron fue lo que más. Tan sólo la serpiente de los nuevos cristianos, sobre todo a los jóvenes que fueron los que años después se fueron a su martirio.

Todo esto es para que nos demos cuenta de lo que significó para la Iglesia y para la Orden dominicana el comportamiento de este hijo de Tortosa, pensador de un espíritu cristiano y cristiano a aquellas tierras, de que en mucho más grande de lo que a simple vista puede parecer.

La una relación sobre la vida de Francisco Gil de Fedrich está hecha con años por el Cullag-ban, cuenta que el día 3 de agosto de 1737, fue asesinado su casa por un grupo de infantes de Lac-Thay y hecho prisionero.

Fray Francisco fue llevado al mandado de la provincia y de allí al Supremo Consejo de la Corte. Un viaje que duró diez días que fueron agitados por su estado enfermizo y sus fiebres.

Estuvo preso y encadenado durante ocho años. Parecía que todo se conjuraba para hacer decaer su espíritu, más todavía en vano.

Los castigos que llevaba causaron tal estrago en sus tobillos que apenas podía andar, de modo que le permitieron trasladarse a casa de uno de sus hermaneros para atender a su curación y durante ese tiempo se falló la causa condenándolo a ser degollado.

No puede explicarse a cuánto prueba le sirvieron para ver el flagelo de la fe, pero su constancia insuperable fue la misma administración de los jueces de la Orden que le habían condenado.

En la cárcel le visitaban a todas horas los cristianos quienes recibían los mayores consuelos. Bastaba a niños y adultos, confesaba a cuanto se le pedían.

Llegó el día 22 de enero de 1745 y se ejecutó la sentencia siendo decapitado junto a otro dominico, el P. Mateo Alonso de Llerena, que había compartido un tiempo el suceso de la prisión con Gil de Fedrich. Aquel día, poco antes del alba celebraron la Eucaristía por última vez en la Inmaculada Concepción para el martirio.

Las cartas que dejó escritas Francisco Gil de Fedrich dirigidas a su hijo el P. Llorenç San, misionero dominico, dice el P. Calvo: «que son muy elocuentes y que suplen tres siglos de vida misionera: la primera el momento en que embarca para el Ton-kin desde Manila. La segunda, muy pocos años antes de ser encarcelado cuando cuenta sus primeras experiencias misioneras y la tercera se refiere a un año antes de su muerte, que ya lleva siete años encarcelado y que él mismo reconoce que está cansado y que le falta poco menos para ser decapitado».

Todo lo que pasó Fray Francisco Gil de Fedrich parece increíble, pero puede asegurarse que todo lo que se dice está basado en los textos más auténticos y seguros, como son los interpleados las insignias por ordenamiento del superior Provincial.

Gil de Fedrich influyó mucho en la tarea evangelizadora en el Ton-kin, iniciada en el siglo XVI, que se consolidó más tarde con la primera vicaría apostólica.

Actualmente en todo el Vietnam hay unos seis millones de católicos, que equivale a un diez por ciento de la población.

(Material de original por don Juan de Dios)

Mariano Jover Félix

Este resultado se debe al hecho de los primeros misioneros que incursionaron la senda de la fe, iniciada después con la sangre de muchos mártires tanto del clero nativo como el laico y de muchos cristianos. Se calcula que en el período entre 1623 al 1886 se firmaron cincuenta y tres edictos de muerte contra los cristianos y en esos 263 años unas 130.000 personas en todo el territorio fueron muertas y martirizadas por el solo hecho de ser cristianos. Muchísimos fueron asesinados de forma anónima pero su recuerdo permanece viva en la Iglesia.

Entre los 117 mártires del Vietnam reconocidos por el Papa Juan Pablo II el pasado 19 de junio, figura el nombre de San Francisco Gil de Fedrich, cuyo resto fueron trasladados el día 26 de enero de 1945 a Lac-Thay siendo sepultados en la misma casa donde se le prendió. Más a los pocos días a instancia de todo el pueblo los trasladaron a la Iglesia de dicha población.

Ahora la Iglesia tortosina y universal podrá dar culto a un hijo que se ha afanado la palma del martirio y el honor de los santos. Y si buscamos algo entre los grandes, que no desmerezca en nada, ese es nuestro San Francisco Gil de Fedrich.